

ÚLTIMA CARTA A JULIO CORTÁZAR

Roberto Fernández Retamar

«Ahora serán las palabras,
las más inútiles o las más elocuentes.»

J.C.

Esta es otra carta que no llegará a su destino, que no tiene destino.
Es absurdo compararla, cosa fácil, a una botella arrojada al mar, a una paloma mensajera,
Porque no hay nadie al otro lado para recibirla,
Y podría seguir girando, astro perdido,
De no ser porque se extinguirá mucho antes, quizás apenas al nacer,
Tan amarrada se halla a lo que querría decir, a lo que querría recordar, a lo que está del lado de acá, a lo que en realidad ya no está en parte alguna.

Primero fueron búsquedas un poco desganadas y naturalmente infructuosas por el París de mediados de los cincuenta.
Luego, una reunión convenida de antemano, a la que no fuiste, en 1960, en un café de Trocadero (¡como la calle de Lezama!).
Ibamos a hablarte (¿a convencerte?) de la Revolución Cubana, que acababa de empezar,
Y te había dado cita quien era entonces un común amigo querido de cuyo nombre me acuerdo muy bien,
Y que me gustaría que todavía fuera para mí un amigo querido: prefiero evocarlo en ese tiempo, en ese instante.
Creo que tú y yo nunca llegamos a hablar de esa reunión frustrada durante la cual vimos caer la noche sin ti como quien ve caer la nieve,

Y, sin embargo, pienso que de eso que no ocurrió nacieron tantas cosas!
 Hay puertas, bien lo saben tus fábulas, que no deben abrirse antes de tiempo:
 Es necesario esperar la sazón para esa apertura, para concurrir a la cita, empujar suavemente con la mano, entrar,
 Y saber que hemos venido a esa (esta) casa para permanecer en ella,
 Porque todo está allí patas arriba, que en este triste mundo es quizá lo único sensato que nos va quedando,
 Y además, como en aquel Teatro Integral de Oklahoma, creo que así se llamaba (¿se llamará?), del hermano Franz,
 Allí esperan la novia de la infancia, una trompeta o un muñeco perdidos, el bastón para el que hay primavera, cierta manera de soñar y creer en el sueño
 Que sólo conocen la infancia, alguna poesía y la revolución:
 Esa otra infancia poética con garabatos, proyectos para cuando seamos grandes y fuertes y.
 En fin.

Así, en 1963 (ya lo has contado tú, ya lo ha contado casi todo el mundo),
 Maduro para atravesar la puerta como quien se desposa con el cielo o el mar,
 O mejor con la pobre bella golpeada abrumada tierra plena de mujeres y hombres hechos para ser felices y hermosos,
 Llegaste a donde tanto se te había esperado.
 No me refiero sólo a Cuba, desde luego, ni siquiera a nuestra América,
 Sino a esa zona de la sorprendente realidad
 Que estuvo casi media centuria todavía más pobre
 Porque no estabas tú, quien habías ido acarreado y creando tesoros sin saber que después ibas a repartirlos
 (Como un mendigo grandullón que se los iba sacando distraídamente del bolsillo inexhausto)
 A presos como Tomás Borge, a una muchacha que al cabo, después de leerte, no se suicidó,
 A quienes no van a dejar de ser jóvenes, ni de estar perplejos y batalladores
 Ante la vida perplejante.

Después, durante más de veinte años,
 Fuimos un poquito menos pobres, en parte por las cosas que trajiste,
 Por ti,
 Por vos.

Al final (claro, sin saber, sin aceptar que era el final) empezamos a vosearnos.
 Pero no por tu Buenos Aires querido, donde apenas estuve unas semanas, antes de conocerte,
 Sino por la tierra que hiciste tuya en tus últimos años,
 Por la que peleaste con la linda gallardía que era tu manera natural de pelear

(Linda aunque me parece que alguna vez te equivocaste de molino,
Pero al cabo cada cual tiene derecho a molinear a su manera,
Con tal de no apearse del rocín ni avergonzarse del grotesco yelmo).

Y bueno, si en 1963, llenos de tú y relámpagos y realidades y esperanzas
Y sin una gota de barba los dos,
Al fin nos vimos, en La Habana, en una suntuosa escalinata que debía conducir
A una especie de toma de un especie de Palacio de Invierno,
Algo más de veinte años más tarde nos veríamos por última vez, en Managua,
Rodeados de vos, de voseos, de otros relámpagos, de otras realidades, de otras
esperanzas
(Iguales y distintos, iguales y distintos),
Barbados y con tantos años que ya era tiempo de empezar a tomar en serio o
en carcajada la vejez y quizás hasta la muerte.

¿Eran ésas las cosas en que pensaba, Julio, cuando entre el 13 y el 14 de febrero
de 1984

Volaba hacia París para verte por última vez, para ver cómo te enterraban?
Lo que no pudo ser, porque, a pesar de nuestra angustiada prisa, tanto el avión
de Tomás como el mío,
Quienes llevábamos tierra fresca de Nicaragua y de Cuba para dejarla en tu tumba,
Llegaron, sobre el inmenso Atlántico, horas después
De que te hubieran devuelto a la insaciable.
No importa mucho, a la verdad, no haber visto lo que quedaba de vos.
Eso que dejaron grande, magro y azorante en el agujero no eras vos.
Qué van a creerlo los muchachos que te cuidan en tantas partes,
Los compas que, entre combate y combate, te leen en Nicaragua,
Los nuevos Tomás entre los barrotes de cuyas cárceles
Entrás antes que el amanecer para decirles
Que este mundo tan raro va a ser mejor, mejor,
Y un día nos veremos desayunados todos,
Como dijo el padre Vallejo,
Que también se murió en París
Con América y los pobres del mundo metidos en los huesos,
Y musitando *España, aparta de mí este cáliz*.

Ahora vos te has muerto clamando:

«¿Vamos a dejar sola a Nicaragua en este hora que es como su Huerto
de los Olivos? ¿Dejaremos que le claven las manos y los pies?»

No, Julio, no te la dejaremos sola.

No puede ocurrir otra vez. También te debemos eso, esta promesa.

Ya es demasiado que a César, antes de enterrarlo en Montrouge,
Le hubieran dado lo que era de su César,
Y no le apartaran aquel cáliz.
A vos te decimos, entre los terrones de Montparnasse o donde estés,
Que bien sabemos que es en un colmenar de corazones,
Que en la nueva hora del Huerto de los Olivos,
El pueblo héroe que amaste
Como se ama a una mujer que es un pueblo
Tendrá a su lado el mundo,
Y no dejaremos que le claven las manos y los pies,
Muerto del alma, hermano queridísimo,
A nuestra Nicaragua tan violentamente dulce
Como vos.